

mismos extranjeros que raras veces supieron penetrar más adentro de la engañosa superficie. Después de haber cenado en las tabernas, cultivado el trato de las mujeres galantes, y paseado mucho por el parque y muy poco por las galerías, muchos regresaron á su país con la cabeza vacía y los sentidos excitados por la fiebre; y como sus ojos, oscurecidos por la orgía, no habían sabido distinguir la luz, se persuadieron ó fingieron persuadirse de que la luz estaba ya en el período de oscilación y pronto se extinguiría.

Los teatros habían contado con la Exposición, y brillantemente iluminados, hacían todas las noches la competencia á las distracciones del Campo de Marte: en la Opera se cantaba *La Africana*; la Comedia Francesa continuaba sus representaciones clásicas y además había reproducido *Hernani*; Ponsard, que había de fallar poco después, asistía á la representación de sus últimas obras, *Le Lion amoureux*, que había tenido un gran éxito, y *Galilée*, drama bastante mediano é incoloro, que no justificaba su título un tanto llamativo. Los carteles se variaban con toda clase de producciones, viejas unas, otras nuevas y todas deliciosas: *Le gendre de M. Poirier*, *Le cas de conscience*, *Mademoiselle de la Seiglière*. En el Gimnasio, Alejandro Dumas, hijo, se obstinaba en buscar la rehabilitación de la mujer caída, y en su última comedia, *Les idées de madame Aubray*, había llevado audazmente su tesis á sus extremas consecuencias. Los grandes clásicos de otros tiempos parecieron pasados de moda, y Víctor Hugo un poco anticuado; juzgóse algo pesada la solemnidad de Ponsard, excesivamente refinadas las gracias de Octavio Feuillet ó de Sandeau, y tan presuntuosas como originales las tesis de Alejandro Dumas, hijo. Estas obras no dejaron de tener éxito; pero la gran boga y los prodigiosos ingresos fueron para otras. Había surgido una nueva literatura, y aunque para nacer no había aguardado la Exposición, el año en que se celebró ésta señaló su más brillante florecimiento y su recuerdo ha quedado indisolublemente unido al del año famoso.

La máxima fundamental de aquel nuevo arte dramático era que la mejor obra es la que más hace reír; y este género había sido inaugurado por dos autores, jóvenes en aquella sazón, y ambos dotados de gran ingenio, Meilhac y Halevy. Para completar el terceto había aparecido muy oportunamente un compositor de música, alemán de origen, llamado Offenbach. La música de éste era tan seductora como picantes los chistes de aquéllos; de aquí una especie de razón social de tres que había de regocijar grandemente al público y de ser fecunda en dividendos para los socios. El género caracterizábase por una gran simplificación: nada de esfuerzos laboriosos para mantener la unidad de acción ó para sostener hasta el fin á los personajes, y sí únicamente rasgos de ingenio sembrados por doquier y que estallaban como petardos. La inverosimilitud, lejos de perjudicar, podía ser muy provechosa mediante cierta exageración burlesca que produciría un regocijo extremado. No hay nada grande que no presente alguna hendedura por donde pueda introducirse el ridículo, y el procedimiento más usado consistió en pasar por el tamiz las admiraciones tradicionales y presentar en una imagen invertida todo lo que el respeto ó el uso habían consagrado. El efecto cómico aumentaría con el bur-

lesco atrevimiento de los trajes, y el conjunto sería algo chocante, imprevisto, chispeante, que participaría á la vez de la farsa, del libelo y de la parodia. *La Bella Elena* había sido el producto más perfeccionado del género, y después de ella *Barba Azul*. Poco antes de inaugurarse la Exposición, los carteles del teatro de Variedades anunciaron una nueva obra que, según se decía, dejaría muy atrás á todas sus antecesoras: *La gran duquesa de Gerolstein*.

Ya he mencionado antes esta opereta. Toda Europa acudió á verla, y los que desdeñaron nuestros monumentos, nuestras obras de arte y nuestra literatura, quisieron saciarse de ella. Durante el primer acto, el espectador, sorprendido, desatinado, confundido, aplastado, por decirlo así, bajo el fuego graneado de los chistes, se agotaba á fuerza de reír y llegaba á temer que la risa se convirtiese en convulsión. La deliciosa música de Offenbach y el arte consumado de una de las actrices, la Srta. Schneider, completaron la fortuna de la obra. ¿Cómo debía ser ésta clasificada? ¿Era sátira, comedia burlesca, parodia? El público no se tomó el trabajo de analizar sus impresiones y se contentó con saber que nunca se había divertido tanto en el teatro. *La gran duquesa de Gerolstein* vino á ser como una curiosidad complementaria añadida á todas las de la Exposición y hoy no puede pensarse en la una sin recordar la otra. Todo el mundo, desde las personas más humildes hasta los reyes, sintiéronse atraídos por aquella opereta; el mismo Bismarck fué á verla y se divirtió, según se dijo, grandemente con ella. El placer que la obra le produjo ¿estaría mezclado con cierta secreta alegría? De todo lo que en *La gran duquesa de Gerolstein* era objeto de mofa, nada lo era tanto como el amor al penacho, las minucias de la disciplina, las pequeñeces y servidumbres de la vida militar: parecía como si estas cosas fueran viejos clisés que seguramente ya no servirían y que por ende era permitido romper sin imprudencia ni remordimiento, y cuanto más viva era la sátira, tanto más aplaudía el público. El temible canciller pudo, desde el fondo de su palco, observar estos síntomas y deducir de ellos una lección para él provechosa, afirmándose en la resolución de conservar intacto en su país todo aquello que ya comenzaba á debilitarse entre nosotros.

Tal se mostraba en el mes de junio la gran ciudad, sobreexcitada por el ardor de los placeres y por el afán del lucro y más radiante que nunca, á juzgar por las apariencias. Alejandro salió de París el 11 de junio, mientras en el Palacio de Justicia se instruía el proceso contra Berezowski; y el día 14 partió Guillermo, llevándose, al parecer, de la hospitalidad imperial una impresión llena de gratitud. En un telegrama fechado en Babelsberg y que más adelante fué encontrado entre los papeles de las Tullerías, dió las gracias de «todo corazón» al emperador y á la emperatriz por su acogida «más que amable y amistosa,» y no vaciló en calificar de «memorable» su estancia en París. Análogos sentimientos expresó el príncipe real. Apenas se habían marchado los dos soberanos del Norte, cuando ya se anunció otro visitante ilustre: el jefe del imperio otomano, pasando por encima de las preocupaciones de su religión y de las costumbres de sus predecesores, habíase sentido atraído por la fama de la Exposición y acababa

de salir de Constantinopla, de modo que á los pocos días desembarcaría en Francia. Alejandro, Guillermo, Bismarck, habían sido recibidos con interés mezclado de temor; en cambio, para el Jefe de los creyentes todo sería curiosidad sin el menor asomo de inquietud. París apercibióse, con nuevo ardor, á festejar al hombre en quien se encarnaban todas las magnificencias de las *Mil y una Noches*; pero desgraciadamente los mejores días de la Exposición habían pasado. El pueblo parisien-

mios entre los expositores; y en aquellas horas de alegría la noticia pareció inoportuna, en parte por un resto de incredulidad, en parte por repugnancia á suspender los festejos, fingióse dudar de la veracidad del suceso. El 1.º de julio se celebró la ceremonia conforme á la etiqueta de antemano establecida, en presencia del emperador, del sultán y de multitud de príncipes, todos de gran gala, pero con el corazón oprimido. En una de las primeras filas había un sitio vacío, el del



Offenbach

se había estado durante dos meses sumido en un sueño voluptuoso y dorado; ahora, en cambio, al través del horizonte luminoso aparecían nuevamente las visiones perturbadoras, los signos funestos, imágenes melancólicas que nada bastaría ya á disipar.

IX

En la noche del 29 al 30 de junio llegó á Viena, procedente de Washington, un telegrama expedido por el cable atlántico: lo enviaba el ministro de Austria y contenía estas solas palabras: «El emperador Maximiliano ha sido fusilado.» A la mañana siguiente publicóse esta noticia en la *Gaceta de Colonia* y en la *Independencia belga*. En París, en el entretanto, se estaba terminando el decorado del Palacio de la Industria para una solemnidad hacía tiempo anunciada, la distribución de pre-

conde y de la condesa de Flandes, cuñados de Maximiliano, y esta ausencia la explicaron los periódicos oficiosos diciendo: «Circunstancias independientes de su voluntad les impidieron asistir á la fiesta.» El ministro de Negocios extranjeros había teleografiado nuevamente á Washington y la respuesta fué la confirmación del siniestro mensaje; á pesar de ello aún se intentó conservar una sombra de esperanza, y *El Monitor* del 3 de julio decía: «Según parece, Maximiliano fué fusilado el 19 de junio en Querétaro.» Pero al día siguiente se renunció á estos subterfugios y la noticia fué á la vez comunicada á la Cámara é inserta en el órgano oficial.

Una gran sombra se extendió por encima del palacio del Campo de Marte y aun de todo París; suspendiéronse festejos, revistas y banquetes de gala, y nadie se acordó de los príncipes, nuestros huéspedes, ni siquiera de Abd-ul-Azís, el fantástico jefe de los creyentes. El

emperador de buena gana habría desechado aquella imagen importuna, sangrienta, acusadora; pero en el Cuerpo legislativo la oposición no renunció á deducir de los acontecimientos la lección que entrañaban. El 9 de julio, al comenzar la discusión del presupuesto, subió Thiers á la tribuna y resumió para el porvenir la empresa mexicana: su lenguaje fué grave sin amargura, abrumador por su moderación misma, y la mayoría escuchó el discurso tristemente silenciosa; tal vez se arrepintió secretamente de su propio pasado cuando el orador, en nombre de Francia, en nombre del mismo interés dinástico, pidió que aquella triste experiencia sirviera para que en lo sucesivo fuese más activa la fiscalización parlamentaria, para que se realizase «un progreso en las instituciones.» ¡Cuál no sería la audacia de los que se habían atrevido á inmolar á un archiduque de Austria! Temióse por nuestros agentes diplomáticos ó consulares, por todos nuestros nacionales residentes en México; y á estos temores se unían las reclamaciones confusas é irritadas de los acreedores de Maximiliano, definitivamente burlados. Se calculaban los gastos de la expedición, gastos muy cuantiosos no tanto por lo que eran en sí mismos, cuanto por la insolvencia de México y por los empréstitos de toda clase hechos al material de guerra y de marina: estos gastos, según Thiers, se elevaban á cerca de 600 millones. También se pensaba en los hombres que habían partido y que habían sido devorados por las guerrillas, las fiebres, las fatigas y las emboscadas; y según los cálculos más atenuados, seis mil de los nuestros habían sucumbido en tierra mexicana (1). «Nuestros soldados, dijo un día el ministro de la Guerra desde la tribuna, no cuentan, antes de entrar en combate, el número de sus adversarios, y después tampoco cuentan el número de sus muertos.» Al oír estas palabras, Berryer irguió su cuerpo encorvado por el peso de los años, y reuniendo los restos de su gran voz, exclamó con acento profundamente dolorido: «No, nuestros soldados no cuentan los muertos; pero aquí en Francia hay madres, hay hijas y hay esposas que los cuentan.»

Durante aquella brusca interrupción de las fiestas públicas apareció claro todo aquello que no había habido tiempo de ver: la cosecha en Francia sería insuficiente, y de Argel llegaban las más desconsoladoras noticias, según las cuales, aquella malaventurada tierra, devastada ya por el cólera sería muy pronto desolada por el hambre, y cuando este caso llegara, se vería á los indígenas perecer de inanición no lejos de nuestros acantonamientos y las ciudades se llenarían de huérfanos que recogería la caridad cristiana. En el Palacio Borbón reinaba una preocupación dominante, la de la ley militar: la comisión encargada de prepararla acababa de publicar su dictamen, en el que los diputados, si bien atenuaban el proyecto del Consejo de Estado, no se atrevían á negar las necesidades de la defensa nacional y estimaban necesaria para la seguridad de Francia una fuerza de ochocientos mil hombres, sin contar la guardia móvil. Estas cifras, que entonces se consideraban fantásticas, provocaban comentarios llenos de estupor, y los provincianos que todas las noches acudían á las representaciones de *La gran duquesa*, libertinos

(1) *Monitor*, 1867, pág. 1639.

elegantes que habían hecho del *Café Inglés* su domicilio, menstrales que se dejaban mecer por los vales de Strauss ó tarareaban las coplas de *La bella Elena*, todos se sintieron violentamente conmovidos, siendo la alarma lo mismo en los aficionados á los goces materiales que en los que soñaban con la paz perpetua, que en los crédulos optimistas que confiadamente habían aceptado las teorías imperiales. Los más prudentes fueron también los que más se alarmaron, pues pensaron que muy grandes debían ser los peligros para que Napoleón, después de quince años de reinado y después de constantes victorias, exigiera del país los mismos sacrificios que se le habrían pedido después de continuas derrotas.

Efectivamente, lo peor no era el proyecto, sino que fuese necesario. Lo que acontecía al otro lado del Rhin indicaba en los vencedores de Sadowa el propósito firme de arreglar á su antojo toda la Alemania, no ya simplemente la que limitaba el Mein. Desde 1866, varios convenios secretos habían subordinado, para el caso de una guerra, los contingentes del Sur á Prusia, y en aquel mes de julio de 1867 otro acto muy grave acabó de concentrar en manos del rey Guillermo todos los intereses germánicos. Una nueva organización del *Zollverein* estrechó aún más los lazos comerciales entre todos los países de raza alemana, con lo cual desde el Báltico hasta los Alpes reinaría la unidad completa en el orden económico lo mismo que en el orden militar. El Hesse, el gran ducado de Baden, Wurtemberg y la misma Baviera se adhirieron al proyecto. Decidióse que se reuniría en Berlín un *Parlamento aduanero*, compuesto de los miembros del Parlamento del Norte y de delegados de los Estados meridionales, el cual fijaría la suerte común de la patria alemana desde el punto de vista especial de las cuestiones industriales y de las tarifas; de este modo se consumaba gradualmente el despojo de los Estados particulares que ya no eran sino sombras de lo que habían sido. La Europa estaba tan acostumbrada á las usurpaciones de Bismarck, que aquella medida no causó más que una regular emoción; y, sin embargo, el Sr. de Beust, en sus conversaciones con el embajador de Francia, no dejó de hacer ver el alcance de la misma.

En rigor, la creación de un Parlamento aduanero pertenecía á la organización interior de Alemania y cualquiera observación sobre este punto no habría hecho más que irritar; pero en el entretanto surgió un incidente en el que se pintó al vivo la política prusiana, susceptible hasta la altivez y atenta á rechazar las menores ingerencias de Francia.

El tratado de Praga, como se recordará, había estipulado en su artículo 5.º que los habitantes del Sleswig septentrional serían consultados por medio de un plebiscito para que ellos mismos decidieran su suerte; pero, á pesar de los deseos del pueblo dinamarqués, esta cláusula permanecía en suspenso y aun parecía que en Berlín querían considerarla como nula. Y como había sido incluida á petición de Francia, el Sr. de Moustier creyó que no saltaría á ninguna conveniencia y que no heriría ningún amor propio apoyando las aspiraciones del gabinete de Copenhague. Por ausencia del Sr. Benedetti estaba encargado de la embajada el Sr. Lefebvre de Behaine, diplomático experimentado que sabría

presentar sus observaciones revestidas de la forma más correcta. El encargado de Negocios francés vió al subsecretario de Estado, Sr. Thile, y habiéndole recordado los compromisos contraídos en el año anterior, aparentó aquél considerar el asunto como muy grave, y diciéndole que la cuestión era de las que el rey se reservaba, aplazó toda discusión para una ulterior conferencia. En ésta, el Sr. de Thile manifestó el deseo de ver las instrucciones redactadas por el Sr. de Moustier en favor de los sleswiguenses, y como el Sr. Lefebvre no opuso ninguna dificultad en enseñarle el despacho, lo leyó y

municación francesa á las proporciones de un simple consejo. Sólo entonces los periódicos de allende el Rhin se aplacaron. ¿Quién no habría aprobado nuestra moderación? Pero si no hubiésemos sido tan bonachones, ¿cuántos pretextos no habríamos podido encontrar para provocar una lucha?

Parecía que una suerte adversa pesara sobre todas nuestras relaciones internacionales. El lunes, 15 de julio, había comparecido ante la Audiencia de París el regicida Berezowski: la evidencia del atentado y la claridad de las confesiones simplificaban la obra de la



Abd-ul-Azís

después de haber tomado algunas notas, sin entretenerse en otros razonamientos, se limitó á hacer observar que Francia no había intervenido en el tratado de Praga, que sólo Austria había pactado con Prusia y que, por consiguiente, sólo el gabinete de Viena, con exclusión de otro cualquiera, tenía derecho de velar por su cumplimiento. La réplica expuesta en esta forma perentoria era poco amistosa, pero aún lo fué menos lo que vino después. Al día siguiente, los periódicos alemanes se desataron en quejas contra Francia, diciendo que el gobierno de las Tullerías había enviado una nota sobre el asunto del Sleswig y tenía la pretensión de interpretar un tratado que no había firmado. «¡Pero si yo no os he pasado nota alguna!» dijo el Sr. Lefebvre de Behaine, que emocionado fué nuevamente al Sr. de Thile. «Es verdad, pero me habéis comunicado el despacho,» respondió el subsecretario. «Sólo lo comuniqué oficiosamente,» replicó el diplomático. ¿Qué hacer? La cuestión del Sleswig no valía la pena de un conflicto, así es que el Sr. de Moustier, aunque en extremo irritado, se decidió, para calmar todo aquel ruido, á publicar en el *Monitor* un artículo que reducía la co-

justicia; sin embargo, en San Petersburgo se deseaba ardientemente que el veredicto no admitiera circunstancias atenuantes, pues de esta suerte el zar interpondría su mediación cerca del gobierno francés y, provocando una conmutación de pena, podría atribuirse el mérito de la clemencia. Pero la edad del acusado y las simpatías que los infortunios polacos despertaban inclinaron el ánimo del jurado á la piedad. Defendía al reo Manuel Aragón, abogado de voz potente y muy versado en esa elocuencia sonora que tan buenos resultados da en toda vista ante jurados; y los jurados, no queriendo delegar en otros el cuidado de suavizar la sentencia, dieron un veredicto mitigado en virtud del cual se impuso á Berezowski, en vez de la pena capital, la de trabajos forzados á perpetuidad. Rusia reprobó severamente aquel acto y en las orillas del Neva fué considerado como suprema injuria lo que era simplemente indulgencia para un joven fanático y repugnancia hacia la pena de muerte. Aquel día abrióse nuevamente el foso de la Polonia y los más perspicaces temieron que nunca más volvería á colmarse.

Las apariencias espléndidas de la Exposición todavía

disimulaban nuestras desazones y nuestros peligros. ¿Hasta cuándo consentirían en ocultarlos? Nunca se sintió Napoleón más aislado que en aquella época en que siempre iba acompañado de un cortejo de reyes. Todo se escapaba de nuestras manos: el Nuevo Mundo, que acababa de fusilar á nuestro protegido; Prusia, que abusaba del derecho de sus victorias; y Rusia, que se apartaba de nosotros rencorosa é irritada. No quedaba más que una alianza posible, la de Viena, y hacia este lado dirigió sus pensamientos el emperador.

X

El propósito era digno de alabanza; pero ¿no sería tardío? De ocho años á aquella parte habíamos intervenido en todas las desgracias de Austria: en Magenta y en Solferino, Francisco José había sido vencido por nuestras armas; la víspera de Sadowa habíamos sido los cómplices de sus enemigos; no habíamos descansado hasta que hubieron desaparecido de Venecia los últimos uniformes blancos; y para colmo de desgracia, hasta nuestros beneficios habíanse convertido en causa de infortunio, ya que habiendo sacado en otro tiempo de Miramar á un príncipe para hacer de él un emperador, lo restituíamos ahora encerrado en un ataúd para ser depositado en la cripta de los Capuchinos. Pero, por abrumadores que fuesen estos recuerdos, había demasiados motivos que invitaban á la unión para que se desesperara de conseguirla. Si, en aquellos momentos de duelo para la monarquía de Habsburgo, el emperador se apartaba de todos los esplendores de la Exposición; si, abandonando sus Estados, se trasladaba al territorio austriaco para saludar y consolar á los que se encontraban en gran aflicción; si aumentaba el mérito de la visita con la delicadeza de sus atenciones y con la cordialidad de las palabras, tal vez esta prueba de afecto calmaría los rencores, disiparía las preveniciones y prepararía las almas para una completa armonía. El procedimiento, sobre todo, tendría valor por su novedad: Napoleón, que había aguardado la visita del zar y la del rey Guillermo, obraría de distinto modo con el emperador de Austria, y midiendo sus miramientos no por el grado de prosperidad, sino por el grado de infortunio, acudiría con preferencia al lado de aquel á quien la desgracia había puesto más á prueba. Reconciliados de esta suerte los corazones, la política haría lo demás; á lo menos así era de esperar, pues Francia y Austria, aisladas una y otra en Europa, tenían el mismo interés en no tolerar nuevas empresas, de parte de Prusia ni de Rusia, teniendo en este caso su aplicación más literal la famosa frase de Salustio: *idem velle, idem nolle, ea demum amicitia est.*

El terreno parecía bastante bien preparado. En el mes de julio, el Sr. de Beust, deplorando la absorción de los Estados del Sur por Prusia, decía á nuestro representante en Viena: «El verdadero remedio consiste en una alianza sólida entre Francia y Austria.» El primer anuncio del viaje fué acogido, al parecer, con la más viva gratitud; y si hemos de creer lo que decía el Sr. de Gramont, quien más satisfecha se mostró de la futura visita fué la emperatriz Isabel. Había ésta manifestado distintas veces deseos de conocer á la emperatriz Eugenia: «¿No habría en nuestro país, decía, algu-

na estación termal que pudiera atraer á Su Majestad francesa?» Con amabilidad suma insistió la soberana austriaca en que la reunión fuese puramente íntima, no malograda por la etiqueta, no convertida en trivial por un séquito demasiado numeroso: «Que me dejen estar familiarmente con vuestra encantadora soberana,» dijo en varias ocasiones á nuestro embajador.

El lugar escogido para la entrevista fué Salzburgo. El 17 de agosto salieron el emperador y la emperatriz del campo de Chalóns, y aunque el viaje no tuvo el menor carácter oficial, no dejó de realizarse con cierta pompa, habiendo sido saludados los soberanos en Carlsruhe por el gran duque y en Ulm por el rey de Wurtemberg. A la noche llegaron á Augsburgo, ciudad que despertaba en Napoleón antiguos y queridos recuerdos, pues en ella había vivido de niño con la reina Hortensia; así es que, en cuanto amaneció, complacióse en recorrer la vieja población, en reconocer las calles, los edificios, las muestras de las tiendas, en visitar el colegio en donde había estudiado y en ver de nuevo la casa en que había habitado con su madre. A su paso, tributábanle vivas manifestaciones de simpatía: eran los *particularistas* que con ellas querían protestar contra la absorción prusiana. Prosiguió el viaje y los emperadores cruzaron la vasta llanura de Baviera, cuyo rey, por deferencia al viajero ilustre que atravesaba sus Estados, tomó asiento en el tren imperial; á las cinco de la tarde pasaron la frontera austriaca y poco después divisaron á orillas del Salzach, y encerradas en el maravilloso marco de las montañas, la fortaleza, las blancas casas y las azoteas casi italianas de Salzburgo.

En la estación Francisco José esperaba al monarca francés. Si las conveniencias no hubiesen sellado los labios, ¿cuántos recuerdos no habría evocado aquel encuentro! Los dos soberanos no se habían visto desde Villafranca. La visita imperial duró cinco días, y la etiqueta, algo más rígida de lo que la emperatriz Isabel deseaba, fué la del luto de las cortes. Considerándose poco convenientes los regocijos demasiado fastuosos, se recurrió á diversiones más discretas; pero éstas fueron tantas en número y con tanto arte dispuestas que difícilmente se hubieran podido descubrir las señales reveladoras de los pesares: aun en aquella Austria, tan poco amiga de las ideas tristes, pareció singular aquel modo de llorar á Maximiliano. Las más notables de aquellas fiestas fueron las que proporcionó la admirable naturaleza de aquellas regiones: realizóse la ascensión al monte de los Capuchinos por las avenidas que Mozart había recorrido en su infancia; se visitó el castillo de Aigen, al pie del Gaisberg, y una noche aparecieron iluminadas todas las montañas produciendo la ilusión de un inmenso incendio. Varios miembros de la familia imperial habíanse reunido en torno de Francisco José; faltaba, sin embargo, en la reunión la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano: su dolor, demasiado violento para poder ser reprimido, no aspiraba más que á la soledad y no había podido determinarse á ver al que condujera á su hijo á la muerte ni á contemplar las imágenes de un luto verdaderamente poco riguroso.

El emperador Francisco José habíase hecho acompañar por sus principales consejeros; Napoleón, en cambio, había dejado sus ministros en París; pero ¿qué importaba?, ¿acaso no era él su propio ministro? Habría

sido inaudito que la entrevista se hubiese consagrado exclusivamente á manifestaciones de pésame, á paseos y diversiones; y, en efecto, los dos monarcas conferenciaron acerca del estado de Europa, tan perturbada en detrimento suyo desde hacía un año. Mientras se limitaron á exponer puntos de vista generales, el acuerdo fué completo; la dificultad surgió en cuanto fué preciso concretar la política del porvenir. El Austria es egoísta por gusto; en 1867 lo era por necesidad. Sus dificultades interiores y el déficit permanente de su presupuesto le aconsejaban la circunspección: el riesgo de una nueva guerra era tal, que no podía pensarse en ésta sin estremecerse, ya que esta vez se trataría no de su consideración dentro de Alemania, sino de su propia existencia, y difícilmente podría contar con los Estados del Sur á quienes se había apresurado á abandonar en Nikolsburgo. Según afirma el Sr. de Beust (1), el duque de Gramont había preparado una voluminosa memoria que Napoleón, aun juzgándola «muy bien hecha,» no quiso apropiarse y aun mandó quemar. El jefe del gabinete austriaco resumió las resoluciones concretas de ambas cortes en una nota de una ó dos páginas que fué en algunos puntos retocada por el emperador de los franceses. Convínose en ella en cumplir rigurosamente el tratado de Praga y en evitar toda inmixción en los asuntos de la Confederación del Norte; Francia se abstendría de toda medida «que tuviese el carácter de una amenaza ó siquiera de una manifestación;» y Austria, por su parte, se consagraría á desenvolver un sistema liberal, sinceramente constitucional, y se ingeniaría para conservar la influencia que aún tenía en la Alemania meridional. El final de la nota se refería á los Estados danubianos y á la cuestión de Creta. Esta declaración incolora, inofensiva, sin más mérito que ser pacífica, ¿merecía el nombre de *programa*? Como punto de partida, como preámbulo, podía tener algún valor; pero si en el presente ó en el porvenir no se lograba sacar de estos vagos prolegómenos algunas estipulaciones positivas, el único resultado sería crear en el público, en el mundo oficial y hasta en los íntimos de Napoleón la ilusión de una alianza, ilusión fatal que sin asegurarnos una fuerza real no haría más que fomentar nuestra presunción.

Napoleón llegó á Salzburgo el día de cumpleaños de Francisco José, á quien con este motivo había dirigido el rey Guillermo, en prueba de amistad, un telegrama en el cual le suplicaba «que transmitiera sus recuerdos á Sus Majestades francesas (2).» Los procedimientos amables, cordiales, del monarca prusiano no excluían ninguna de las rudezas de su política; bien se vió así en aquella ocasión. La prensa alemana no tardó en denunciar la entrevista de los dos monarcas, diciendo que la visita de pésame se convertía en congreso político; que Francia, obrando de cuenta y mitad con Austria, trataba de extender su patronato sobre la Alemania del Sur; que tal vez resucitaría la cuestión del Sleswig; y que toda alianza austro-francesa provocaría una contraalianza de las demás potencias. En estos términos se expresaban la *Gaceta de la Alemania del Norte* y la *Gaceta de la Cruz*. Y tales proporciones llegaron á al-

canzar estos rumores que el Sr. de Moustier se creyó obligado á enviar un despacho á sus agentes proclamando las intenciones pacíficas del gobierno de las Tuilerías y afirmando (como lo afirmaba al mismo tiempo la *Gaceta oficial* de Viena) que el viaje de Salzburgo sólo había obedecido á una idea de simpatía por una cruel desgracia. Añadía que indudablemente los jefes de los dos grandes imperios debieron por fuerza ocuparse, al encontrarse juntos, de los asuntos de Europa; pero que su solo objetivo era la consolidación de la paz y que Francia, particularmente, se mantenía fiel al programa formulado en la circular de 16 de septiembre de 1866, que se resumía en la aceptación de los hechos



Manuel Arago

consumados. Esta declaración era exacta, demasiado exacta, pues la entrevista había sido inofensiva hasta el punto de resultar inútil. Bismarck acogió aquella explicación con cierta altanería ofensiva y quiso también escribir su despacho, que se publicó en la *Gaceta de Augsburgo* y en el cual se reprobaba en términos absolutos, casi provocativos, la idea de una inmixción extranjera en los asuntos alemanes. En Berlín los hombres políticos y los militares aplaudieron ruidosamente y estimaron «que ningún discurso del presidente del consejo valía lo que la circular de 7 de septiembre (3).» Por muy moderado que fuese el gobierno imperial, poco faltó para que aquella aspereza hiciera desbordar la medida:

«La circular de Bismarck, escribía el Sr. de Roucher al emperador, ha producido la impresión más desagradable, y en presencia de tal documento el Sr. de Moustier se pregunta qué debe hacer (4).» Pero también esta vez prevaleció una prudente resignación y se indicó á la prensa oficiosa que se mostrara pacífica. Todos los periódicos atendieron esta recomendación, salvo el *Pays* que calificó de «farfanteo temerario»

(1) *Mémoires*, tomo II, págs. 117-118.(2) Beust, *Mémoires*, tomo II, pág. 116.

TOMO XII

(3) *Denkwürdigkeiten aus dem Leben des Grafen von Roon*, tomo III, pág. 29.(4) *Papiers des Tuileries*, tomo II, pág. 240.